

# El bolchevismo a través de Dostoievski

Joseph Kessel

Traducción de Fabienne Bradu

El bolchevismo —palabra bárbara que es, a su vez, transcripción literal de un barbarismo ruso— ha sido discutido apasionadamente. Tiene sus detractores y sus sectarios que lo insultan o lo admiran. En tanto que sistema social, la controversia que suscita está lejos de haber concluido, hasta parece insoluble. A pesar de los intentos para explicarlo por razones económicas, diplomáticas, políticas, por la propaganda alemana, por los efectos del régimen zarista, por la rebelión de un pueblo sojuzgado a la autocracia y la burocracia, sigue siendo un fenómeno que sólo el porvenir permitirá justificar o condenar.

Pero es innegable que en Rusia revistió un carácter especial, enfermizo. De golpe reveló crueldades, aberraciones de las que el gran pueblo eslavo, conocido por su dulzura, parecía incapaz. Aterrorizó con el asalto desenfrenado y sangriento de enormes muchedumbres enarbolando banderas que tronaban en el viento de las teorías jóvenes y de la destrucción organizada. Más que nada, asombró por su longevidad caótica y la poca resistencia que encontró en sus inicios.

Habría que intentar esclarecer este carácter de enfermedad colectiva —que, por lo demás, nunca ha sido lo suficientemente recalcado— a través del estudio del espíritu ruso, de sus instintos profundos y de sus hábitos de pensamiento. El ácido que se arroja en la cal y produce una reacción inmediata, no tendría ningún efecto en el granito. Conocemos el ácido: el sistema bolchevista, tal y como lo expusieron sus teóricos; en cambio, poco se sabe de la base sobre la que actúa.

Para que ilusiones frenéticas tuvieran la fuerza de la rama ardiente de la Biblia, para que sacudieran un pueblo entero, una fe, en algunas semanas, tuvieron que entrar en contacto con una mentalidad adecuada, con algo turbio, apasionado y doliente, dispuesto a aceptarlo todo y a multiplicarlo, es decir, con la psicosis rusa que preparó el siglo XIX. Es imposible caracterizarla en unas cuantas frases abstractas. El alma de una raza es un compuesto demasiado vivo, sobre todo en el caso de una raza con incesantes migraciones y sucesivas dominaciones que le inculcaron las emociones más contradictorias. El análisis se enfrasca en paradojas, en misterios, en un campo indefinible.

Si el estudio directo es imposible, la literatura ofrece un instrumento de investigación más seguro y, entre todos los escritores, un nombre se impone sobre los demás: Dostoievski. En efecto, la intuición de las gentes y de las cosas constituye su genio milagroso. Diseca al ser y lo recrea. Pone la naturaleza rusa al vivo, al desnudo, como si se tratara de un desollado anatómico. La abre como si fuera un cadáver todavía caliente para que podamos leer en él el secreto de la vida.

¡Dostoievski! Incluso para los que poco lo conocen, su nombre evoca la trepidación mental, el desamparo íntimo, la fiebre del cuerpo y del alma, una psicología hecha de patología

aguda. En comparación con el sereno y potente Tolstoi, dueño de su creación, Dostoievski parece empeñarse en escoger personajes de excepción, regodearse en los casos monstruosos y fuera de lo común. Así, al menos, se le ha entendido en Francia. A nadie se le ocurriría que pudiera representar una gama amplia de la existencia, que sus héroes fuesen copiados de una clase rusa. Considerarlo como un retratista fiel provocaría demasiado miedo.

Sin embargo, si no hay duda de que fue atraído por la galería de los semilocos y de los enfermos, sus personajes son demasiado alucinantes para no haber existido nunca, su atmósfera, demasiado pesada y desgarradora para no haber abrumado gentes e ideas. Para captar la verdad de esta inspiración, basta asistir a una reunión política rusa donde la sutileza más bizantina se combina con la pasión más demente; basta sentir el soplo desenfrenado de la alegría rusa o del arrepentimiento histérico; basta ver brillar en los ojos de una mujer el amor inmenso, miserable y cruel.

Ahora que el bolchevismo ruso hace pensar en una danza de locos, ahora que toda Rusia es un campo libre para aventureros e iluminados, Dostoievski, el epiléptico, el sádico, el compañero de los criminales y de los neuróticos, es quizá más realista o, en todo caso, más real que el gran Tolstoi, el sereno psicólogo de *Ana Karenina* y de *La guerra y la paz*.

Esto no significa que Dostoievski haya pretendido prever la tormenta actual, ni que se erija en profeta. Simplemente transcribió lo que tenía ante sus ojos, desde el ángulo visual que le era propio. Pero, al mismo tiempo, adivinó el sentido secreto que se ocultaba detrás de las palabras y de los actos de su generación. Escritor apasionado de su raza, hizo de ella, en algunas obras maestras, el retrato más espeluznante con una presciencia de visionario.

## II

Entre los tipos excepcionales que habitan sus novelas, tomemos primero a aquellos que son más fáciles de entender, aquellos que, a primera vista, no parecen tener algo específicamente ruso, ninguna aspiración al misticismo, ningún apostolado: Fiodor Pavlovitch Karamázov (*Los hermanos Karamázov*) y Svidrigáilov (*Crimen y castigo*).

Ambos son vividores y nada más. En ellos no hay angustia moral, ni búsqueda de una ley que rigiera la existencia a menudo atormentada de los héroes de Dostoievski e incluso de los de Tolstoi. Sólo piensan en el buen vivir en lugar de vivir bien. En la categoría social que les corresponde, cada uno se preocupa por satisfacer diariamente los vicios que la naturaleza le ha prodigado con tanta abundancia. Los cultiva amorosamente, tiene hacia ellos una ternura de padre pródigo.

Fiodor Karamázov es el jefe de esta familia cuyo apellido

se ha vuelto, en Rusia, tan usual como un epíteto, preciso como un término médico. Fiodor Pavlovitch es el padre de Dmitri el frenético, de Iván el rebelde frío, de Aliosha el místico, así como de Smerdiákov, el sirviente filosófico, epiléptico y asesino. Con su crueldad de borracho malhechor enterró a sus dos mujeres. Payaso y gorrón, vivió de bofetadas y de sobras; usurero de poco monto, se arrojó por desafío y libertinaje sádico con una ramera infeliz e inocente, vestida con un camión y con el lodo de los caminos: Lisa, la apóstata. Hacia la edad madura, alcanza un bienestar considerable y, libre de preocupaciones, se entrega al vicio. Saborea sus placeres con una satisfacción que lo vuelve odioso. ¡Con qué enternecimiento habla de su pequeño coñac, de su "cognat-chok"! ¡Cómo es fácil imaginar su trompa de viejo sensual y repulsivo cuando desmenuza los placeres que da la mujer y exclama: "¡Ah! hijos míos, nunca en la vida encontré a una mujer deforme. Todas son bellas si uno sabe aprovecharlas!"

Es abyecto hasta el punto de organizar un escándalo en casa del viejo monje Zósima, venerado como un anacoreta, adorado como un curandero divino. Tiene casi sesenta años, enormes bolsas se hinchan debajo de sus ojos, una pequeña nariz puntiaguda de pájaro parece horadar sus mejillas barrosas; cuando mueve la cabeza, su papada tiembla como una masa de carne flácida y opaca. Y le pelea a su hijo expoliado una joven mujer cuya sola evocación lo hace morir de deseo senil...

Svidrigáilov tiene otra envergadura. La perversión aumenta. Mientras Fiodor Pavlovitch, magro gorrón, ejerce sus talentos de usurero en una pequeña ciudad desconocida donde apura la copa de las voluptuosidades provincianas, Svidrigáilov cae en la cárcel por considerables deudas despilfarradas en orgías. Entre otras aventuras, tiene en su haber la violación de una muchacha de catorce años, sorda y muda, martirizada por su tía, y que acaba ahorcándose en un granero polvoso.

Lo saca de la cárcel una mujer mayor que él, que paga sus deudas y lo obliga así a casarse con ella. Lo lleva a vivir en una propiedad lejana donde se queda varios años. Con su beneplácito, él corretea a las recamareras hasta el día en que la llegada de Avdotia Romanova, la hermana de Raskolnikov, trae el drama a la casa. Svidrigáilov se enamora de ella con una pasión tenaz, secreta, peligrosa. Su mujer se alarma. Pero, para escapar de él, Avdotia Romanova huye a San Petersburgo donde se reúne con su hermano. Poco después de su partida, la mujer de Svidrigáilov muere. Él afirma que esta coincidencia es totalmente casual.

Sin embargo, durante su visita a Raskolnikov —porque Svidrigáilov siguió los pasos de Dunia— que yace en su cama con sus sueños de asesino, se asoma entre ambos un parecido trágico. Entre estos dos hombres diferentes por su educación y su casta, existe un lazo sutil, la probable comunidad del crimen, y la escena es muy bella, hecha de sugerencias y detalles imponderables.

Más tarde Svidrigáilov no vacila en chantajear a Raskolnikov para atraer a su hermana a un cuarto aislado. Intenta poseerla y fracasa. Después de una noche de errancias, se suicida.

Este simple análisis permite captar la perversión de estos dos hombres, una perversión que deshojan como una flor venenosa. Hasta ahora nada permite diferenciarlos de los videntes occidentales, excepto porque el paroxismo de su desenfreno y la sofisticación de su vileza tienen la entereza propia de las mentalidades rusas. Pero, y éste es el rasgo

profundo de su naturaleza, estos videntes radicales, estos poetas del vicio se dan perfectamente cuenta de su infamia. Y no solamente por cinismo. Un sentimiento oscuro y a menudo inconsciente trabaja en ellos de manera sorda. ¡Cuántas veces el viejo Karamásov se mancilla a sí mismo! ¡Cómo lo persigue implícitamente el sentimiento de su decadencia! Y durante toda la aparición un tanto fantasmal de Svidrigáilov, desde su primer diálogo con Raskolnikov hasta su muerte, ¡cómo se siente en él la repulsión por su alma, una trama indefinible y persistente que teje Dostoevski con absoluta maestría! No es el rechazo de Avdotia Romanova que lo acorrala al suicidio, sino la carga demasiado pesada de su propia vida que aborrece.

Y no puedo dejar de pensar, al releer estas páginas, en la confesión caída de los labios de un refugiado ruso que vivía de Constantinopla:

—En verdad, cuando uno ve el lujo infinito y el desenfreno de los nuestros allí, uno piensa: el bolchevismo es un mal necesario. Sepa que yo hice lo mismo, pero me doy muy bien cuenta de que somos una clase podrida, destinada a desaparecer.

Esta conciencia aguda de su propia culpa, he aquí el carácter que no se encuentra en el vividor satisfecho de Occidente, que defiende con todos los medios su derecho a una vida feliz puesto que es rico. Esto es lo que le priva al vividor de Dostoevski del respeto por sí mismo y lo emparenta con Marmeladov, el borracho que introduce los *mea culpa* en el goce de la borrachera.

Esto es lo que explica, hasta cierto punto, el triunfo relativamente fácil del bolchevismo sobre la alta burguesía, a la que le faltaba un apoyo moral sobre el que fundar su derecho a la existencia. Y cuando subió la ola roja, se dejó sumergir murmurando, quizá sin formularlo: es justo.

Volvemos a encontrar este fenómeno de "autoflagelación" en una forma más violenta, llevada a un estado de casi histeria, en Mitia Karamásov. Pero con él ya no se trata solamente del goce, ni de un simple esbozo. Un fresco se despliega, monumental y colorido. Debajo de un soplo prodigioso se abre un abismo viviente.

Joven, guapo, poderoso, Dmitri Karamásov, llamado Mitia, es el hijo mayor de Fiodor Pavlovitch. Desde que llegó a la edad de hombre, la avalancha salvaje de las pasiones hizo de él su presa. Nada puede detenerlo. Este equilibrio básico, esta especie de centro de estabilidad moral que cada quien posee en mínimo grado, le hace falta por completo. Su deseo se transforma inmediatamente en acción, con el riesgo de todas las consecuencias cuyo alcance, por lo demás, mide perfectamente. Cuando lo acaban de nombrar oficial, sus excesos le valen una degradación. Después de otro nombramiento, la borrachera, el juego, el amor violento lo dominan con la misma fuerza y es degradado por segunda vez.

Pero también es bueno, generoso, y su espíritu está abierto a todas las sensaciones ligeras o fuertes. Los que se le acercan no pueden impedirse amar a este niño terrible, con la sonrisa franca y el corazón grande. Se antoja irresponsable, o mejor dicho, incurable. Víctima de sus pasiones, ésta es la palabra exacta para pintarlo; una víctima que a veces intenta débiles rebeliones para sentir en seguida el abrazo irresistible de su deseo. Tiene conciencia de sus bajezas y sufre por ellas, pero no puede dejar de ir hacia el llamado mágico y

fatal. Sus instintos contradictorios lo trastornan, juegan con él como si fuera una pelota. Este hombre que simpatiza con los humildes y los débiles, en el cabaret, por una nadería, arrastra por la barba a un desclasado, un pobre diablo tembloroso y hambriento. Este hombre que dio toda la fortuna que le quedaba a una muchacha para que salvase el honor de su padre, se apropia luego de los tres mil rublos que esta joven le confió. Al tiempo que se califica como ladrón, que se martiriza por su robo, va a tirar el dinero en un orgía estúpida donde cantan los violines de los gitanos, donde beben todos los campesinos de los alrededores.

El arrepentimiento envenena su vida pero no le sirve de nada. Sus reacciones no son sino reflejos en los que no interviene la razón. Cuando sospecha que su padre oculta a su amante, le aplasta la cabeza de un tacón. Más tarde, asustado una vez más por la desaparición de la mujer a quien quiere, casi estrangula a la sirvienta y, ya siguiendo sus huellas alocadamente, le rompe el cráneo a Gregorio, el viejo sirviente que lo educó e intenta detenerlo. ¡Que dejen libre rienda a su pasión! Y de repente, cuando se entera de que su amante volvió con su primer amor, él, que la hubiera matado por una sonrisa a otro hombre, se resigna porque su sentimiento se le antoja sagrado. Sólo quiere volver a verla una sola vez para ofrecerle una cena suprema antes de suicidarse. Con las manos ensangrentadas, salta en una troica que sale disparada en la noche de nieve. Y de nuevo se abisma en la orgía loca, excitada por la música delirante y los corchos que se destapan, e invita a todo el pueblo a sumarse a su embriaguez. Mita se ríe ante la bestia humana desatada, se ríe de su ignominia, de su remordimiento, del suicidio que ronda.

El aspecto más aterrador de este carácter es que, a pesar de sus faltas, de sus cobardías, de sus crímenes, sigue siendo simpático. La erupción todopoderosa de los instintos de Mita, semejante a una fuerza de la naturaleza, inspira miedo, pero no desprecio. La seducción emana de su risa infantil, de su naturaleza generosa. Lo peor y lo mejor vibran al unísono en esta alma ardiente, sin que se asome la culpa. Así vibra el alma del pueblo ruso en la que acaban conjugándose todos los extremos. Como la estepa veraniega con sus hierbas crecidas, es infinita, entera y moviediza. En ella hay tanto peligro como encanto.

### III

Veamos ahora al grupo máspreciado por Dostoievski, a sus héroes predilectos que un hilo rojo une a través de su obra. Se llaman Raskolnikov, Iván Karamázov, Pedro Verkhovenski; rasgos importantes, hasta esenciales, los distinguen entre sí, pero son el producto de una mismo haz de circunstancias: encierran el carácter específico del joven intelectual ruso razonador, hecho de ideas absolutas y definitivas, que perturba la vida e impide probar los frutos perfumados de los días, rebelde por educación, por piedad y por odio hacia el prójimo. Para ellos, el amor, viola sagrada que todo héroe clásico de novela toca con una mano torpe o ágil, no interviene sino muy débilmente. El gran vuelo y el gran choque de las ideas vibran al igual que las pasiones: fuerte, embriagadora y perniciosa. Revisten una violencia de hipnosis: se tragan al individuo.

Estas gentes son los amos pero también los esclavos de

una lógica implacable. Ya que encuentran el hilo de Ariadna en el laberinto de las preguntas primerizas, rectoras de la vida, van hasta el final: locura, crimen o sacrificio.

¿Quién no recuerda la imagen de Raskolnikov, ardiente de fiebre, muriéndose de hambre, ambicioso hasta querer regir el mundo, discutiendo en su camastro el valor de la existencia humana? Esta visión rebasa un caso particular. Nunca se sabrá cuántos estudiantes rusos, roídos por la miseria a punto de aniquilar su inteligencia y su joven instinto de vida, se contagiaron para siempre del odio hacia el orden social y del desafío que su sufrimiento dirige al cielo. Si éstos llegasen al poder, para aplicar las teorías forjadas y vueltas a forjar en la oscuridad maloliente de los cuartuchos donde el fantasma del suicidio ronda como único amigo, sería la desgracia para los ricos y los satisfechos, porque su odio es tan infinito como la alegría que mataron en ellos.

Entonces, con el abrigo que le sirve de cobija y de perpetuo atuendo, Raskolnikov divaga en su cuarto "semejante a un ataúd". La misma pregunta lo tortura siempre: ¿el hombre tiene o no el derecho a matar? Ya la planteó en un artículo que publicó en un periódico de segunda, y la contestó afirmativamente. Desde entonces —inquietud sorda, trabajo implacable—, la idea afilada por el hambre se ha precisado, se ha pertrechado con nuevos argumentos; da vueltas en su cabeza como un taladro. Sí, tiene el derecho a aniquilar la existencia del prójimo, sobre todo cuando es nefasta, con el fin de sacar provecho para sí mismo y para los demás. Sí, tiene derecho a la vida, tiene derecho a la gloria, y, puesto que tiene genio, ¡qué importa un cadáver si su genio lo necesita! ¿Acaso los grandes conquistadores, los grandes legisladores se detuvieron ante las hecatombes? ¿Acaso no los adoraron después? ¿Por qué él vacilaría en matar a una vieja prima si siente en su pecho hervir todas las promesas, si tiene que sostener a su madre y a su hermana?

Mata en un estado de semiconciencia, irresistiblemente magnetizado por su propia lógica; tiene hambre, tiene fiebre, tiene odio, pero mata únicamente para demostrarse a sí mismo su razonamiento. Y ahí interviene el genio de Dostoievski quien, sin escatimar un solo detalle material, le impone al lector la convicción de que Raskolnikov comete su crimen como un matemático sonámbulo resolvería una ecuación.

Después del crimen, Raskolnikov no soporta las consecuencias morales. Se desploma al igual que Smerdiákov, el otro asesino de quien hablaremos más tarde. No son bolchevistas en el sentido en que no tienen un sistema de la felicidad humana para justificar, o al menos solapar, sus crímenes ante sus conciencias. Pero la psicología de Raskolnikov, una psicología de intelectual enfermo y de lógico amargado, que la abstracción carcome en una actividad estéril, ilumina la mentalidad de los revolucionarios rusos. En la acción, seguirán siendo los hombres de una teoría, pero no de una realidad, irán hasta el fondo de su doctrina incluso cuando esto signifique pasar por alto todo lo que la vieja conciencia humana edificó como algo sagrado a lo largo de siglos de búsqueda.

En Raskolnikov hay un elemento irresponsable que induce a atribuir su razonamiento, y por lo tanto su crimen, a su fiebre.

Iván Fiodorovitch Karamázov es, por su parte, totalmente dueño de su pensamiento y de sus actos, a excepción de las últimas páginas de la novela cuando un acceso de fiebre lo

hace delirar ante el tribunal. Sin duda, aparece como uno de los héroes más calmados y más fríos en el pandemiónium de Dostoievski.

Su espíritu lúcido vuelve su palabra precisa y fácil. Él también escribe artículos, pero no de los que alarman a un juez. Al contrario, el partido religioso y el partido ateo quieren hacerlo suyo cuando él se burla de todo el mundo. Porque en el fondo de esta calma helada, detrás de la máscara silenciosa y de los ojos infranqueables, fermentan las envidias y sube la marea del rencor social. En Iván Karamásov sopla la tempestad desenfadada de los deseos y también, de la rebeldía humana. Gracias a ella se eleva y se vuelve así una de las grandes figuras del novelista.

Rebeldía contra la familia, rebeldía contra la moral, rebeldía contra Dios: ésta es su triple encarnación.

Odia a su padre y odia a su hermano. Cuando Mitia le da un tazonazo a la cabeza de su padre, Iván murmura: "Un gusano matará a otro". Mitia expone sus teorías morales en términos simplistas: *todo está permitido*. Cuando Aliosha le plantea abiertamente la pregunta, Iván, un poco pálido, no reniega de su fórmula.

Pero su gran enemigo, aquel contra quien se encarnizan su inteligencia y el caparazón de su dialéctica, es Dios. Pero no Dios en sí mismo, sino el universo divino tal y como aparece en su miseria y su sufrimiento actuales, e incluso tal y como será en su armonía predestinada.

Expone su sentimiento a su hermano Aliosha con una sonrisa desesperada, con una abundancia prolija de ejemplos. Pasa por alto todos los sufrimientos de los adultos, toda su sangre roja, todas sus lágrimas calientes, pero lo que no puede olvidar ni perdonar son los llantos de los pequeños, de los niños golpeados, de los pobres chiquitos azules de frío. Frente a esto, dice, no hay perdón posible. Ninguna armonía celestial puede remediarlo. "Prefiero quedarme con mi dolor sin venganza y mi indignación insaciable, incluso si estoy equivocado", grita.

Sin embargo, el ideólogo y el razonador no constituyen toda la personalidad de Iván Fiodorovitch. Otra criatura se agita en lo más oscuro de su conciencia. No quiere confesarlo, intenta repujarla en la sombra. No en vano es hijo de Fiodor Karamásov, el ser orgiástico y vividor: lleva su estigma.

La dolorosa escuela de la duda, de la negación de la falta de fe por la que tuvo que pasar, en lugar de darle la paz serena de las ideas, lo ha dejado completamente tambaleante en el plano moral. Él, que odia a su padre hasta la repulsión, siente cómo lo arrastran los instintos paternos.

Tiene miedo de mirar en el fondo turbio de su alma, pero la imagen que teme ver, la encuentra todos los días en un espejo deformante que le devuelve los peores aspectos de sí mismo. Este espejo es Smerdiákov.

Entre todas las figuras incoherentes y perturbadas que Dostoievski desató como un tropel de alucinaciones geniales a lo largo de su obra, no hay una más inquietante que Smerdiákov. La silueta desdibujada de este sirviente empolvado, epiléptico, hijo del viejo Karamásov y de la hedionda Lisa, ahorcador de gatos, que toca la guitarra y discute de la existencia de Dios, que tiembla de cobardía y asesina, que por fin se suicida sin salvar a un inocente, seguirá siendo una de las creaciones eternas de la humanidad.

Primero, Iván se siente singularmente atraído por él. ¿Por

qué? Porque, inconscientemente, se reconoce en este sirviente abyecto. Discute con él, prueba con él la fuerza de sus teorías. Pero, rápidamente, Smerdiákov se le vuelve odioso. ¿Por qué? Porque también inconscientemente (Dostoievski es un maestro para sugerir esos vaivenes que se salen de la conciencia), percibió la similitud pavorosa de sus caracteres. Percibió que la vileza de Smerdiákov no era sino la deformación y la caricatura de su propia vileza. Y esta suerte de linterna mágica lo espanta.

Los sirvientes razonadores de las antiguas novelas o comedias servían de contrapunto a la mentalidad de sus amos. Por nada en el mundo el buen Sancho hubiese investido los molinos de viento ni Sganarelle se hubiese dejado convencer por Don Juan. Pero eso sucedía en los tiempos de la Caballería y en un país con sol claro. Estamos a fines del siglo XIX, en una ciudad de la provincia rusa. Las teorías destructoras y renovadoras del amo cuajan y cuajan bien.

Escuchemos algunos razonamientos de Smerdiákov:

1) Acerca de la creación del mundo. "Dios creó la luz el primer día, mientras creó el sol, la luna y las estrellas hasta el cuarto día. ¿De dónde venía, pues, la luz del primer día?"

2) Acerca del ejército y de la patria. "No deseo para nada ser un húsar. Al contrario, deseo la desaparición de todos los soldados." Y cuando le preguntan quién defenderá a Rusia, contesta: "No hay necesidad. En 1812, hubo la gran invasión encabezada por el emperador francés Napoleón. Hubiera sido muy bueno que nos vencieran los franceses: una nación inteligente hubiera dominado una nación estúpida y hubiéramos tenidos leyes muy distintas."

3) Acerca de la moral. "Si no hay un Dios infinito, no hay virtud alguna; por lo tanto, es inútil tener virtudes".

Iván ve cómo el alto vuelo de su pensamiento se reduce a conclusiones pedantes y viles. Además, en la voz de Smerdiákov, siente una familiaridad y una complicidad que le son insoportables. Quiere zafarse de él, pero es demasiado tarde. La obra está hecha; la semilla terrible germina. El sirviente, contaminado del cinismo moral de su amo, mata al viejo Karamásov. Nadie sospecha de él. Mitia, que ya conocemos, será condenado. Aunque no tenga ninguna prueba, Iván Fiodorovitch cree ver algo inexpresable en los ojos de Smerdiákov, y algo también inexpresable sube en sus adentros. Tres veces va a buscar al sirviente. La última entrevista tiene lugar la víspera del juicio. Smerdiákov está muy enfermo, tiene los ojos hundidos y se arropa en una bata. La penumbra engrandece la isba sobrecalentada. De repente, fijando la mirada en su antiguo amo con un odio salvaje, le dice: "—Usted es el asesino."

Iván titubea porque su remordimiento ya le había susurrado estas palabras. Intenta defenderse. El otro insiste, vendando el espanto que su crimen le causa: "Yo fui el que golpeé, pero usted fue quien proclamó que todo estaba permitido, usted me dio el valor de matar. No soy sino el ejecutor de su doctrina. Usted es el asesino."

Esta escena magistral es un documento mental sumamente valioso. Muestra las peligrosas deformaciones de las que son capaces las inteligencias bajas que asimilan demasiado rápido las especulaciones abstractas. Subraya el peligro de desarrollar teorías absolutas ante seres simples cuya condición ya inclina demasiado al crimen.

Es otra prueba de la facilidad y de la fuerza con las que los razonamientos simplistas y destructores hacen mella en

el pueblo ruso. Todo esto tiene una actualidad asombrosa. Aquellos que se sorprenden de ciertas noticias monstruosas que a veces llegan de Rusia, deberían imaginarse a Smerdiákov, con la mirada baja y las manos cuidadas, la sombra vil de Iván Karamásov, el libre lógico.

## IV

Raskolnikov e Iván Fiodorovitch se limitan a la acción individual o demasiado general. Uno mata a una vieja usurera, el otro acomete contra los datos fundamentales de la conciencia. No piensan en ensanchar o en reducir su acción a la agitación social y política. Por lo demás, no son hombres de lucha tenaz, de cuerpo a cuerpo. Su mano temblaría. Después de su crimen, Raskolnikov se transforma en un trapo; Iván, cuando palpa el resultado de sus teorías, se aterra.

Su psicología ayuda a comprender la génesis del bolchevismo en los espíritus inteligentes y el terreno favorable que encontró en ellos. Pero no devela el alma de los jefes, a un tiempo ardiente, astuta y criminal; esta alma que encierra la triple alianza del misticismo eslavo, la ferocidad tártara y la sofisticación bizantina. Para captarla, basta tomar la novela *Los endemoniados*.

Aunque se escribió antes que *Los hermanos Karamásov*, desde el punto de vista del estudio del bolchevismo, corresponde al momento culminante de la obra de Dostoievski. Las demás novelas parecen documentos preparatorios, como si se tratara de examinar los casos de locura por aislado antes de abordar la demencia general. Leer: *Los endemoniados* ahora es abrir un gran ventanal de luz sobre las manifestaciones de la mentalidad rusa. En esta novela hay una observación clarividente, aguda, que raya en la presciencia. Sus personajes sólo viven a través de detalles minuciosos y sin embargo, alcanzan la talla de tipos generales y actuales.

El análisis de *Los endemoniados* debería llevarse en dos etapas, porque dos dramas cohabitaban sin jamás mezclarse del todo. El primero corresponde a las fantasías, las pasiones barrocas y fatales de Nicolás Stavroguin, el fascinador rico, inteligente y magnífico que se casa (para luego dejar que la asesinen), con una coja loca, una miserable pinche de cocina en un antro. El héroe del otro drama, el único que nos interesa, es Pedro Verkhovenski.

Un buen día, un joven hombre delgado y rubio, procedente de Suiza, llega a una ciudad tranquila de provincia. Habla atropelladamente como si se ahogara; hace muchos gestos; no parece muy fuerte. En sociedad, hasta lo consideran un imbécil... Unas semanas más tarde, en la pequeña ciudad, suceden un crimen político, un suicidio sonado, el incendio de todo un barrio y casi un motín. Todo esto resulta de los esfuerzos de Pedro Verkhovenski, el joven delgado y rubio, que ya tuvo tiempo de huir hacia Moscú.

¿Quién es este personaje? Hijo del cándido soñador Stepan Trofimovitch que se olvidó de él durante veinte años, fue educado en el campo por unas viejas mujeres. Asiste a una universidad cualquiera y se va al extranjero. Lee libelos, discute entre el humor espeso de los cigarros, estudia los sistemas políticos, conspira. En pocas palabras, lleva la vida común de todo joven ruso inteligente. Pero tiene una imaginación fecunda y una voluntad de acero. Necesita realizar lo que concibe y, para ello, todos los medios son buenos.

Su gran fuerza reside en su seguridad en sí mismo, serena, invencible, y, sobre todo, en el desprecio clarividente que todos le inspiran, desde sus enemigos hasta sus acólitos. No tiene religión, ni moral, ni freno. En verdad, no le ha costado nada llegar a este estado. La apacible indiferencia hacia todo, excepto hacia su meta, se ha adueñado de él. Por esto es muy peligroso. Maltrata a su padre con un cinismo y una cobardía espeluznantes. El amor femenino sólo existe para él como un arma sobre los demás. Puede aguantar una bofetada, pero también jugar un juego peligroso burlándose del gobernador de la ciudad. Se humilla y tiraniza. Mata sin remordimiento ni angustia previa. Sabe encontrar a sus cómplices en todas partes, desde el funcionario mezquino Liputin hasta el gran señor Stavroguin, y pasando por Fedka, el preso.

Fuerza de descomposición social, su plan consiste en ridiculizar, castigar, degradar por todos los medios a la sociedad existente para destruirla fácilmente y luego dominarla como un tirano mediante secretas filiaciones. ¿Cómo definirlo a ciencia cierta: como un simple ambicioso o un creyente sincero en la aurora nueva? Es probable que sea las dos cosas a la vez, lo cual hace su verdad, lo erige como una figura de la hora presente, un hermano de los bolcheviques rusos, de esos hombres en quienes la llama áspera de la dominación arde contiguamente a la llama pura de las ideas.

Domina a sus acólitos por el miedo porque desconfía de la vanidad de los entusiasmos. No se satisface con el terror de las delaciones y de la amenaza siempre presente de un asesinato solicitado por una autoridad suprema. Para consolidar definitivamente a su Comité director, se le ocurre la idea infernal de comprometer a sus miembros por el crimen, "de cimentarlo por la sangre". En este punto también se establece un nexo directo con los amos del reino rojo.

Pero a toda esta actividad lógica de conspirador occidental se añaden los elementos turbios que pertenecen al universo propio de Dostoievski. En Pedro Verkhovenski, la volubilidad de palabras tiene algo histérico. Su capacidad de envidia, de odio y de execración supera los límites normales. Sobre todo, la pasión irreflexiva, insensata, idólatra que lo pone de rodillas, lo hace llorar de rabia y delirar de entusiasmo, esa pasión de político perverso desconcierta a cualquiera que no acostumbra frecuentar las patologías rusas.

Alrededor de Verkhovenski gravita la muchedumbre subyugada, domeñada, seducida, enloquecida, de las comparsas. Cada uno de ellos merecería un estudio aparte, porque representan los nexos entre los jefes y las masas, que constituyen la fuerza y la duración de una revolución. Limitémonos a unas cuantas indicaciones rápidas.

Primero están los puros: Virguinski y el oficial Erkel. El primero es un pequeño empleado tranquilo y dulce, muy culto y muy pobre, que sostiene con su trabajo a su mujer y a su familia política, compuesta por una hermana y una tía. "Todo este elemento femenino, dice Dostoievski, tenía las opiniones más avanzadas pero mal aprovechadas. Diríase una idea tirada a la calle... Estas señoras tomaban todo en los libros y estaban dispuestas a tirarlo todo por la ventana, con tal de que alguien se lo aconsejase."

En cuanto a Virguinski, es un soñador ingenuo y convencional, un alma leal y apasionada, uno de estos hombres que van por la vida con los ojos abiertos en claras esperanzas, en detrimento de las realidades, y abriéndose paso entre cadáveres.

Dostoiévski apenas esbozó la figura del oficial Erkel. Pero en algunas líneas vigorosas como un aguafuerte, supo convocar nuestra piedad por este joven silencioso y encantador, un fanático con mirada de niño, que adora a su vieja madre y subirá al cadalso con una fría sonrisa.

Los ambiciosos frenéticos convierten a estos seres tan sencillos como él en sus más terribles instrumentos. Sin duda, los hay tan puros y tan peligrosos entre las filas rojas que, de Petrogrado a Odesa y de Courlande a Siberia, llevan la muerte y las torturas.

Hay otra pareja más inquietante aún: Chigalev y Kirilov, dos verdaderos maniáticos. Uno preconiza, en una interminable exposición, la reducción a la esclavitud del 99% de la humanidad o su total exterminación, y el otro propone, como remedio a la desgracia terrenal, el suicidio que libera y endiosa. Ambos están provistos de una alta inteligencia, de una personalidad altiva y hermosa.

En contraste con ellos está Liputin, un miserable *tchinavnik*, un chismoso vil, un déspota en su familia, avaro y usurero, que encierra bajo llave los restos de las comidas y los pedazos de vela. Pero, resistente fanático a la futura armonía social, pasa sus noches delirando de alegría ante las visiones fantásticas de próximos falansterios.

Y Chatov, el hijo de sirvo, taciturno, solitario, bueno y desgraciado como el pueblo al que pertenece, después de haber rechazado el ideal del socialismo y abrazando la fe eslava, espera que sus compañeros lo maten.

Lo que pueden dar todos estos semilocos reunidos, Dostoiévski lo deja entrever. En sus asambleas de consejo secreto, acumulan más teorías irreductibles, más incoherencias apasionadas y más sincera obstinación que las que se necesitan para derrocar un Estado. Las disputas sólo cesan para dejar libre curso a las doctrinas imposibles. Pasan tanto tiempo discutiendo los detalles ínfimos como los principios esenciales. Al terminar la lectura de estos capítulos, se tiene una idea exacta de la espeluznante catástrofe a la que inevitablemente debe conducir toda empresa política encabezada por semejantes líderes.

## V

Aquí están todos estos espíritus deformados por búsquedas abstractas que se cristalizan ferozmente en un sistema; sofistas ingeniosos, constructores de paraísos que, para realizarlos, no vacilarían en aniquilar naciones, ambiciosos místicos y locos inteligentes, apóstoles de la destrucción y de las promesas maravillosas, helos todos, pintados por Dostoiévski, en su vida íntima y su mentalidad fraternal.

De Raskolnikov a Pedro Verkhovenski, el hilo no se rompe. Pasa por el cerebro despejado de Iván Karamásov, por las inteligencias impuras de Liputin o de Smerdiákov, por el alma fresca del oficial Erkel. Y poco a poco la luz se hace; las grandes bases morales que siempre están en el origen de las convulsiones y que todavía están oscuras en la crisis rusa, se precisan gracias al estudio de los caracteres que las anteceden.

Más que nada, este estudio enfatiza el poder absoluto de la idea sobre el hombre y la pasión del hombre por llevar esta idea hasta sus últimas consecuencias. Este fenómeno que emparenta a todos los héroes de Dostoiévski es el fenómeno indiscutible y específico del pensador ruso. Una vez que

planteó las premisas del razonamiento, nada puede detenerlo. Con una audacia de salvaje refinado y un cinismo primitivo, irá hasta el final, sin preocuparse por las consecuencias, mirándolas de frente con desafío. Aceptará la conclusión más barroca y más peligrosa siempre y cuando llegara a ella a través de un proceso lógico. A veces, así lo dice Dostoiévski, se siente aplastado bajo el peso de su idea como si fuera una piedra demasiado pesada y se agita sin poder levantarla y queda aplastado de por vida. Pero es incapaz de renunciar a ella. A pesar de todo, no deja de haber belleza y valor en este sentimiento.

El intelectual occidental se aparta instintivamente de las soluciones extremas, porque la herencia de generaciones lo ha dotado de medida, de sentido común y de horror a lo desconocido. Incluso si llegase a una solución extrema por la vía del razonamiento, vacilaría antes de aplicarla. El riesgo es demasiado grande. Pero el pensador ruso no vacila un solo segundo. Se lanza desenfrenadamente a la aventura que le dicta su ideal. No se pierde en miramientos, ni hacia sí mismo ni hacia los demás. Hace suyo el lema de Chigalev: "¡Que muera la humanidad entera para que viva el principio!" Irá a Siberia o al cadalso con el corazón en paz, la frente erguida, y pasará encima de montones de cadáveres, encima de hambrunas y ruinas con la misma paz en el corazón, la misma terquedad en la frente.

El valor del pensamiento, a un tiempo noble y débil, acomete contra las tradiciones más establecidas, contra los principios que se antoja impío discutir. El destructor ruso desgarró el velo sagrado tejido por la moral de los siglos y que protege a los ídolos de la crítica. Bajo el efecto de sus dedos ágiles y sin piedad, bajo el efecto de su "libre examen", todo se desmorona y acaba por confundirse con el farrago de las viejas supersticiones. Familia, honor, derecho a la vida, religión se hacen trizas y desaparecen ante sus ojos como un esqueleto carcomido que vuela en polvo con sólo tocarlo.

Ya vimos en lo que se convierte el amor filial para Mitia e Iván Karamásov. Uno no deja de hablar de matar a su padre y casi lo logra, y el otro lo califica de gusano y desea su muerte. Por supuesto, la abyección de Fiodor Pavlovitch justifica hasta cierto punto el odio que le tienen sus hijos. Pero, ¿cómo explicar la falta de respeto de Pedro Verkhovenski que raya en la vil bajeza y en el rencor feroz y cobarde? ¿Y qué con las mofas de la partera Virguinski contra la idea misma de parentela y su afecto constancial? ¿Acaso todo esto no procede del principio bien anclado en los cerebros según el cual la familia no es sino una convención y la ternura que despierta, un sentimentalismo vergonzoso y anticuado?

Raskolnikov pasa sus noches de insomnio y sus días de fiebre forjando argumentos contra la vida humana, este bien sacrosanto entre todos. Iván Karamásov absuelve el crimen. Verkhovenski no se detiene ante la muerte de todos los que le estorban.

En una frase que ya citamos, Smerdiákov revela la vanidad de la patria. No se trata únicamente de la aberración de un sirviente epiléptico y descarriado, sino de un sentimiento general. Dostoiévski pone en boca de un hombre clarividente estas palabras significativas:

"El liberal ruso llega al punto de renegar de la misma Rusia, es decir, que odia y maltrata a su propia madre. Cualquier incidente desafortunado provoca en él la risa y hasta la alegría... Odia las costumbres nacionales, la historia rusa, todo. □

Si se le puede disculpar es porque no entiende lo que hace y porque confunde su odio por Rusia con el liberalismo más fecundo... Incluso se avergüenza de estas palabras: amor a la patria, como si fuera una cosa peligrosa e imbécil. En ninguna otra parte, en ninguna época, en ningún otro pueblo, se había visto una cosa similar."

Hay una noción más imperiosa aún que la de patria y que está más profundamente arraigada en el hombre: la noción de honor. Puede revestirse con las fórmulas más diversas, pero existe en todas partes, caliente como la sangre, palpitante como el latido de una vena. El nihilismo ruso también la atacó; todos los sarcasmos la mancillaron, todos los argumentos la derrotaron. Otro personaje de *Los endemoniados* hace esta terrible y profética aseveración: "Para el hombre ruso, el honor no es sino un estorbo inútil. Siempre lo ha sido, durante toda su historia. Déñele abiertamente el derecho al deshonor e irá a dónde ustedes quieran."

No sé si Dostoievski hablaba en su nombre o si pretendía volver odioso al escritor Karmazinov, pero es difícil definir más cruel y exactamente los éxitos contagiosos y mortales del bolchevismo, explicar la desertión y la atonía en las que entonces se hundió el pueblo ruso.

¿Y qué muro se levanta para contener estas doctrinas disolventes? ¿Qué suelo firme desafiará la acción del ácido? Ninguno, no hay nada. Todo se desmorona, todo se pudre. Sólo el gobierno intenta resistir pero, según Dostoievski, asesta hachazos en la oscuridad. Las clases altas y la Corte se ahogan en la champaña y pasean por Montmartre. Los vidvidores se dan cuenta de su inutilidad; se dan golpes de pecho y prosiguen sus orgías. No sienten en sí mismos la fuerza moral ni el derecho necesario a la lucha. Fiodor Pavlovitch llora su decadencia cuando está briago; Svidrigáilov, símbolo trágico, se suicida por *taedium vitae* y porque está cansado de sí mismo.

En cuanto al pueblo en sí, ¿qué idea evoca? Es una masa innumerable y confusa, dotada de los peores instintos y de las más sublimes inspiraciones; será la presa de la primera que se le eche a su pobre alma doliente y ávida. Al igual que Mitia Karamázov, primitivo y bueno, el pueblo mata con facilidad y se arrepiente de rodillas también. Puede desencadenarse y bogar, tal un navío perdido, en el mar aullante de los instintos: una melodía violenta, una troica que caballos azotados arrastran en un escalofrío de cascabeles, lo conmueven. Es lunático e inquietante. Una sola cosa lo detiene realmente: el temor al Dios ortodoxo, al Dios ruso. Si se le priva de este último freno, se desvanece el supremo sostén. Así, como lo predice el fiscal en el juicio de Karamázov al retomar la expresión de Gogol, el pueblo puede transformarse en una troica enloquecida y fatal que corre derecho al abismo.

De nuevo se oyen acentos proféticos:

"¿A dónde irá a parar este galope enloquecido, sin perdón?... Hasta ahora, los demás pueblos se apartan de su camino por terror o por asco... Pero quizá, un día, dejarán de apartarse y levantarán una barrera firme para detener la carrera enloquecida de nuestro desvarío, para salvarse a sí mismos, a su cultura y a su civilización."

¿Por qué este pueblo es así, tan pronto a desbocarse a la menor provocación? Porque, según el título tan adecuado de una novela de Turgueniev, es una *Tierra virgen*, donde germina la mala semilla que florece tan rápido como la buena. No hay en este pueblo ninguna tradición, ningún respeto por

el pasado, ninguna fe en la experiencia adquirida. Dejemos una vez más la palabra al Dostoievski de *Los endemoniados*, que parece volverse visionario en algunas páginas.

"Rusia es ahora el lugar por excelencia donde todo lo que se quiere puede suceder sin la menor resistencia. La Santa Rusia es un país miserable y peligroso. Se alegrará de cualquier salida que le enseñen."

Así, por un lado, tenemos a una clase social cuyo esfuerzo y energía tienden a la destrucción del orden existente, que critica, socava, arruina y aniquila el edificio moral de una nación. Por el otro, elegantes degenerados, vidvidores impotentes y, sobre todo, una muchedumbre oscura, hecha de instintos mal definidos, en la que todas las semillas encuentran un terreno favorable.

El resultado fue lo que sabemos.

Pero, más allá de estos defectos del pueblo ruso que lo llevaron al caos ilimitado y al horror de lo desconocido, subsiste una cualidad segura y grandiosa: la necesidad, la avidez del ideal, el desinterés absoluto y espontáneo de su búsqueda. Esta cualidad puede redimirlo todo. En el fondo, a ella remite toda la obra de Dostoievski. Palpita en el corazón de todos los héroes, purifica todas las miradas, regenera todas las vilezas.

Hombres de fe como el príncipe Michkin y Aliosha, hombres de pensamiento como Raskolnikov e Iván Karamázov, hombres de pasión desencadenada como Mitia o Rogojin, hombres acabados de las generaciones inútiles como Spefan Trotimovitch Verkhovenski, borrachos como Marmeladov y Lebedev, hombres de orgías como Svidrigáilov o Fiodor Pavlovitch, hombres sectarios de partido como los endemoniados, todos se agarran desesperadamente de un pensamiento luminoso y elevado, todos caminan hacia una estrella, fulgurante para unos, opaca y vacilante para otros, pero siempre estrella.

Esta sed insaciable y pura de lo mejor está en el fondo de su carácter y es más fuerte que sus debilidades y que sus crímenes. Ella es la que los salva del desprecio y del fastidio, la que hace soplar un viento de grandeza en sus actos, la que permite creer, con Dostoievski, en el porvenir del pueblo ruso y en su misión para con la humanidad. □

*Mercurio de France, 1 diciembre 1919*



Ruth Praver Jhabvala